

el *tableau*; por supuesto que antes se ha figurado un pleito para quitar al guarda de la esquina.

—Por supuesto, ó se le ha cohechado.

—Y luego atraviesas las calles con tu preciosa carga y ¡cataplúm! ¡á caballo!

—¡Figúrate, chico! y tú vigilando y los amigos avisados todos y listos y luego....

—¡Hombre! ¡magnífico! ¿sabes que está eso bueno?

—¡Mozo! gritó Arturo, una botella de Champagne. ¡Magnífico! ¡magnífico!

—Pero hombre, no seas bárbaro, si estás enfermo.....

—No le hace, pero me he entusiasmado con Isolina. Bebamos á su salud.

—Bebamos ¡qué diablo! y cuenta conmigo.

Ese día logró Alberto, el joven audaz, *pegarse la mona* undécima.



CAPÍTULO VIII

LOS PSEUDO-ARTISTAS

EL señor don Fernando seguía siendo *cosa muy buena*, según Pico. Se había establecido esa amistad tranquila al parecer y que solo se ve entre los seres racionales, porque las fieras no se engañan, ni son capaces de la felonía ni de diplomacia.

Don Fernando acechaba su presa, con todo el aplomo de sus años y de sus profundos conocimientos en el arte de seducir.

Se hacía más amable cada día, más franco, más cordial, más buen chico.

Casi lo iba queriendo Isolina, y Pico lo quería ya.

Efectivamente, le había llevado á Isolina libros. Estos eran, un Arte poética, una Historia del teatro, un Arte de declamación Elementos de ideología, algunas tragedias y algunos tomos de la colección de Rivadeneira.

Pico é Isolina leían juntos aquellos libros, con esa fé, con esa dedicación de que son capaces dos personas que se aman y que, identificándose, van hacia un mismo rumbo.

Generalmente era Isolina quien leía en voz alta.

Isolina, sin saberlo, tenía puesta ya la planta en la región del arte dramático. Isolina podía ser actriz, porque Isolina era artista.

Estaba sobre el pedestal de las grandes celebridades.

Este pedestal tiene dos grandes piedras fundamentales:

Saber leer.

Tener la intuición de lo bello.

Isolina sabía leer.

Isolina comprendía la estética.

Isolina podía ser actriz; lo era ya sin saberlo.

Un día leyendo una tragedia, fué dando poco á poco á su voz la elevación propia del proscenio; fué levantándose de su asiento, movida por los resortes secretos de la pasión; Isolina se había identificado con el personaje cuyas palabras estaba diciendo, y el sentimiento, coronando el pedestal de sus dotes, pudo elevar la figura de Isolina á la altura del arte.

Estaban presentes Pico, don Fernando y doña Atanasia.

Isolina se había puesto en pié y recitaba un monólogo que había leído varias veces; de pronto dejó el libro, que Pico tomó maquinalmente para *apuntar*, é Isolina avanzó algunos pasos y, radiante con la luz de una verdadera inspiración, se puso en carácter y accionó con naturalidad y con desenvoltura; su acento era persuasivo, las inflexio-

nes de su voz adecuadas; sus aspiraciones oportunas; su gesto, como emanado del verdadero sentimiento, era adecuado, natural y en perfecta consonancia con el relato; sus actitudes eran artísticas: en una palabra, Isolina estaba irreprochable.

Pico y don Fernando estaban pendientes de sus labios; habían comenzado por oirla con agrado, pero poco á poco fueron arrobándose. Se sentían arrebatados á su pesar, en el torrente de la inspiración de Isolina, y el pasmo y la admiración los dominó completamente.

Cuando acabó Isolina, hubo un momento cortísimo de silencio, pero fué preciso para entrar de nuevo á la realidad, porque aquellos dos espectadores estaban con la imaginación muy léjos de aquel lugar.

En seguida, Pico, don Fernando y doña Atanasia aplaudieron frenéticamente; é Isolina se dejó caer en su asiento.

—¡Esto es un milagro! decía Pico.

—¡Maravilloso! exclamó don Fernando, casi sintiendo encontrar tanto espíritu en aquella carne.

—¡Muy bien! dijo á su pesar doña Atanasia, creyendo firmemente que Isolina lo había hecho muy mal.

—¡No he visto cosa igual! repetía don Fernando.

—¡Es muy difícil eso del teatro! dijo doña Atanasia, deseando llevar las ideas al terreno de los defectos y de las correcciones; vea usted, mi alma, ya que estamos en familia y supuesto que eso que acaba usted de hacer no es más que una prueba, debo aconsejarle á usted, porque de algo me han de servir mis muchos años de pisar las tablas.

Las miradas se fijaron en doña Atanasia.

—¿Usted no sabe, mi vida, que los versos se cantan? pues se cantan. No es lo mismo prosa que verso; cantadito, mi alma, más cantadito.

—Pues á mí me parece, dijo Pico indignado, que ni usted, ni yo, ni nadie, puede decir mejor los versos que como acaba de decirlos Isolina.

—¿Yo? contestó la vieja; lo que es yo

con razón; con esta asma y estos años; ya se vé; pero eso no quiere decir que los versos hayan estado bien dichos.

—Conforme están escritos.

—¡En eso está el mal! Creen algunos que los versos se deben decir como están escritos. ¿Y la cadencia? ¿y el cantito?

—¡Qué cantito, ni qué caracoles! dijo Pico. ¡Isolina ha estado sublime!

—Quien feo ama, hermoso le parece. Usted qué ha de decir; pero yo que soy imparcial, y sobre todo vieja en las tablas, le digo que eso está malo; y que como más sabe el diablo por viejo que por diablo, por razón natural he de saber yo más que esta niña, que por primera vez se pone á recitar.

Las artes, á no ser unas señoras tan circunspectas y tan griegas y tan severas, tendrían más de un motivo para hacer cada cólera del tamaño del mundo.

Hay una familia numerosísima de pseudo-artistas, que es de lo más detestablemente divertido que se conoce.

Los aficionados.

He aquí los seres más felices de la creación. Para los aficionados, esa barrera, esos Pirineos, esos Andes, esa Sierra Madre que se llama dificultad, no existe.

Y como no hay aficionado que no se erija en su propio juez y en su propio apolo-gista, resulta que no hay obras más bien recibidas que las de los aficionados, por lo menos entre ellos mismos.

En el *mare magnum* de las inteligencias humanas, hay, en porción considerable, inteligencias que se quedan á cien leguas de la verdad, y por consiguiente de lo bello.

Esas inteligencias tienen su mundo, y en su mundo sus artes.

En este mundo, el de los aficionados, se comienza todo por el fin, y no se llega nunca ni á conocer el principio de las cosas.

Da un quidam en que es actor, y con el más incalificable desparpajo se le pone á usted delante insultando al sentido común, y cuando acaba se restrega las manos todavía más satisfecho que Valero, todavía más contento de sí mismo que Talma; y

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTEREY, N.M.

Dios lo libre á usted, lector, de no creerlo bajo su palabra; cuídese usted de ser frío y reservado con el aficionado furibundo, porque se concitará usted uno de los odios más rastreros é implacables que se conocen.

Da un bárbaro en que es pintor, y sin maldita la aprensión de las más rudimentales reglas del dibujo, ni de geometría, ni de perspectiva, ni de óptica, ni de sentido común, le pintarrajea á usted un santo, cuyo martirio, (si fué martir,) es tortas y pan pintado comparado con el horror de verse reproducido por un aficionado.

Todos los aficionados le entregan á usted, lector, un boleto para la exposición de sus obras; este boleto tiene estas palabras.

Lo hago de afición.

Después de lo cual la lógica de la educación le obliga á usted á prodigarle al autor, infaliblemente, cuando menos este encomio:

—¡Ah! pues para *ser de afición*, es mucho. Piropo que el aficionado ha recibido cien

mil veces, y que lo ha dejado más ancho que un *guajolote*.

Si el aficionado sabe que es usted pintor, ó por lo menos persona de gusto, le agrega á su boleto de «*lo hago de afición*» todo esto:

—Yo no sé dibujo, ni nada; nunca he tenido maestro, ni mucho menos, ni he visto cuadros, no señor, ni sé cómo se hacen..... y no obstante, vea usted, he pintado este santo..... y creo que para ser de pura afición..... en fin..... tendrá defectos; pero como yo no sé dibujo.....

Entre los aficionados figuran los curiosos de manos; esta familia de almas de Dios, es numerosa, pero va en decadencia, se minorra, lo cual es ya una esperanza.

A esta familia pertenecen los fabricantes de juguetes del portal de Mercaderes; juguetes con cuyos primeros ejemplares, idénticos á los últimos, jugaron nuestros tatarabuelos.

A la misma familia pertenecen los que hacen figuras de jabón en Puebla, y de barro en Guadalajara.

Todos estos dichosos mortales lo hacen todo de afición y le confiesan á usted ingénuamente que tampoco saben dibujo ni nada de eso; que no han estudiado ni cosa que lo valga; pero modestamente se consideran á sí mismos como unas verdaderas notabilidades; prerogativa que estamos muy lejos de envidiarles, por mas que los mantenga arrullados eternamente en el quinto cielo de las ilusiones tontas.

La música tiene sus aficionados, que se llaman á sí mismo *lricos* con el mayor aplomo.

Entre estas notabilidades, hay hembras que cantan arias de bajo, y bajos que cantan arias de tiple.

La poesía tiene también su cohorte de esos que le dicen á usted que no saben prosodia, y que no tienen estudios; confesión inútil por demasiado manifiesta.

Estos aficionados son los mantenedores del *acróstico* y de otros primores no menos ingeniosos.

Cuando un aficionado de este género da

en ser actor de teatro casero, la buena de Talía, á pesar de su circunspección, se pone de muelas torcidas.

Isolina estaba rodeada de entidades del género de los aficionados, con circunstancias agravantes, entre otras la de pertenecer al teatro; de manera que frente á frente de la envidia y de la ignorancia, Isolina iba á emprender un nuevo género de lucha, no menos azarosa y amarga que la que sostenía contra los jóvenes audaces, y contra los viejos que «*son así*».

Ya entre las viejas coristas, en la familia de las salamandras del foro, á Isolina no se le conocía con otro nombre que con el de la *ex-figurante*, pues después de que hubo aparecido, la crónica no la abandonaba un momento.

Algunas dificultades suscitadas en el seno de la compañía dramática que trabajaba en Toluca, determinaron la suspensión de las funciones.

Ya hemos dicho que un actor que no puede levantar el telón es el sér más des-

graciado que se conoce, y en esta situación es cuando los actores hacen el papel más difícil de todas las temporadas.

Hacer el rey ó el carretero, el héroe ó el verdugo, es cuestión que los actores resuelven magistralmente porque están en su negocio, y sobre todo, porque carretero, rey ó héroe raquíto, tiene levantado el telón y á la lumbre el puchero; pero cuando el telón cae á plomo por una de tantas vicisitudes de ese pequeño mundo de trapos pintados, entonces el actor empieza á representar consigo mismo la comedia íntima de las combinaciones.

En esta situación es en la que los actores se presentan bajo los más odiosos caracteres; todas las pasiones, todas las rencillas, todas las poridades, todo lo que hay de más díscolo se mezcla en la disolución previa á cualquiera formación de compañía.

Al formar un elenco, no hay segundas damas ni para un remedio; todas son primeras absolutas; todas son notabilidades de primera fuerza, no hay categoría posible; no

hay gradación que satisfaga ni que concilie los ánimos; no hay conformidad posible ante una colección de Ristoris contrahechas y S. G. D. G.

El formador despliega una elocuencia ciceroniana en la autopsia de los talentos de las notabilidades artísticas que tiene delante.

Las notabilidades tienen á su vez por delante, solo montones de oro y montones de laurel; un mundo de pretensiones y otro mundo de amor propio, y en minoría solo el mérito verdadero.

Tampoco hay segundos galanes, ni segundos barbas; el que tiene veinte años de pisar las tablas es, no el Matusalén, sino el Talma del arte; el que ha hecho el Campanero de San Pablo, ó Luís Onceno, ya no quiere papeles de criado ni de notario; el que ha dirigido alguna vez, no quiere que lo dirija nadie.

Otro exige que se le den determinados papeles, alegando que son de su cuerda; aquél rehusa previamente los que no le han de dar jamás.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1975 MONTERREY, N.M.

La dama más descocada y escandalosa, pone por condición no enseñar las piernas en ningún caso, *pro pudor*.

Otra protesta contra el calzadillo porque hace muy feo el pié, y por que ella, siempre que se ha tratado de la primera época del cristianismo, ha sacado botines de raso blanco con tacón de plata.

Las que han de salir de criadas no han de prescindir de su peinado de rizos, cojines, castañas, postizos y lazos que usan todos los días.

Otra no ha de hacer papeles de hombre por nada de esta vida, so pretexto de que como es tan gorda....

Aquella se empeña en que no ha de ensayar á las diez por que se levanta tarde, y exclama:

—De noche, todo lo que ustedes quieran, pero á las diez de la mañana.... ¡Dios nos asista! ¡A dónde íbamos á parar los actores, si á las diez ya estuviéramos pegados al yunque como cualquier cerrajero? No, señor director, usted debe transigir

con las exigencias del refinamiento de la *vida parisien*. ¡A las diez! No, amigo mío, á las diez mi tocador está en veremos.

—¡Pero señora!

—Nada, nada, si he de ensayar á las diez, no trabajo; prefiero irme á la Habana en donde me ruegan, vea usted las cartas. Allí se considera á las artistas, allí se trata á las señoras no como peón de albañil, sino como merecen por la delicadeza de su sexo.

—Pues sea, señora, ya veremos cómo se zanja esa dificultad; no ensayará usted á las diez.

—Es que si la señora no viene á las diez, yo tampoco, que yo soy sola y nada más tengo una niña y eso no mía, sino huérfana; pero yo soy su madrina, y tengo obligaciones, estoy dedicada á su educación, y aunque una sea del teatro, la educación de los niños es muy sagrada y es necesario no desentenderse uno de sus obligaciones, que en habiendo método todo se puede hacer.

—¿Qué dice usted, D. Julian? pregunta el director al barba, que ha permanecido

callado, envuelto en una capa parda, retraído como un oso y recargado contra un esconce.

—Yo, señor director, prorumpo el barba con una voz de bajo profundo que hace temblar las bambalinas y sonar sola una cuerda del violoncelo que está en una silla: yo, señor director, soy perro viejo y lo que son los ensayos á la diez, no los paso, no porque me parezca mala hora (porque yo madrugó) sino porque nadie viene.

—Para eso son las multas.

—Si hay multas no trabajo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni nadie.

—¡Rayos y truenos! exclama el formador; ¿pero señores, por el amor de Dios, qué sedición es ésta? ¿entonces cómo vamos á entendernos? yo acostumbro pegarme al trabajo con asiduidad y con constancia; de otra manera no se adelanta, lo demás es perder el tiempo y la reputación; el arte dramático, como ustedes saben, es extraor-

dinariamente difícil y se necesita constancia, estudio y dedicación; y si no ensayamos, y si por otra parte hemos de poner tres piezas por semana, no cabe en lo posible organizar ningún trabajo, ni ganar nada en perfección ni en propiedad escénica.

—Yo acostumbro trabajar, señores; yo soy actor viejo y es notorio que como director..... ahí está este joven, ya lo tienen ustedes hecho un galán, ya hizo el Yorick y cuando vino á mi lado no sabía ni hablar; ahí tienen ustedes á Náucea, ya se presenta y el público no se rie de él: hace los gallegos perfectamente.

—Todo eso está muy bueno, pero no habrá ensayos á las diez, por mayoría absoluta de votos, dijo una joven.

—¡Gané! dijo la primera dama á su amante no actor, que le estaba apretando la mano y la rodilla izquierda, con la mano y la rodilla derecha.

—¡Ganamos! dijeron varias voces.

—¡Ganaron! dijo el barba haciendo el efecto del cañonazo de leva.